

Trazo para una adivinación



JORGE ESQUINCA

Cuando duermes, hay una región de ti en que estás despierta. Sólo ahí se abre tu deseo, ese cristal que ha de cortarme ayer, siempre, en este instante. Tú pareces no saber nada, pero abres las piernas, los párpados, las nubes. Nada puedo mirar entonces, ciego, atestiguo el nacimiento de ti. Avanzo con el tacto a la deriva, sólo confío en mi lengua, en la muda, en la callada lengua que ha de repetir las palabras que hemos dicho nunca. Toco tu oreja y encuentro el rumor de un mar en el que has estado sin mí, sola. Humedezco con mi saliva tu garganta para que no despiertes, para que en la provincia de tu sueño alumbré una ventana. Por tus senos, por tus pezones que duermen a la orilla de ti, sube mi lengua. Tan lejos de tu corazón, mi lengua se alimenta de tu corazón. Dormida, presa en ti, tú misma sueño de Dios, ofreces tu espalda. Mi lengua se demora, desciende, quiere saber, en ese lugar de nadie, nunca, nada. Mi lengua te busca ahí, se divide en tus muslos, calla con tu sangre que canta y cae entre tu infancia y tus tobillos. Mi lengua, entonces, te sabe hueso, glándula, víscera, derrumbe. Mi lengua te lame el alma que ni tú sabías, te va sabiendo en esa región tan blanda, tan ácida, tan nube, te va diciendo, tan callada, las palabras que sólo escuchas cuando duermes y te abres, te va diciendo nada, cosa del lenguaje, Señora nuestra, profecía.